

MIL VECES PADRE:

EL PADRE NUESTRO

Meditación – 2025

Hoy nos toca meditar una grande alegría y una grande gracia que nos concedió el Cielo por parte de Nuestro Señor Jesucristo que es, como le llama la Iglesia, la Oración Dominical: el **Padre Nuestro**. Recuerden que es una oración que el mismísimo Cristo enseñó a sus discípulos y a través de ellos a cada uno de nosotros.

¿Cómo podemos tener ese encuentro, ese diálogo con el Señor? El mismísimo Dios nos dejó una pauta muy importante que es la Oración Dominical del Padre Nuestro. Y por eso la vamos a ir meditando, desentrañando poco a poco, porque su riqueza es muy grande y puede ayudarnos a nosotros a tener esa relación íntima con Nuestro Señor, a saber cómo entablar una relación con Él, un diálogo con Él, qué pedirle, qué agradecerle y qué ofrecerle.

Pues vamos a pedir luz al Espíritu Santo para que nos introduzca a esta Oración Dominical, en la cual muchos santos, por ejemplo, Santo Tomás de Aquino y con él muchos otros santos doctores de la Iglesia, maestros de la vida espiritual, han desarrollado en meditación esta oración riquísima que el Cielo nos dejó.

Es la oración más importante que tiene la Iglesia Católica, por eso se darán cuenta que en la Santa Misa debe aparecer el Padre Nuestro.

Después de la Consagración tenemos esa oración, ese diálogo **con el Padre, con el Hijo** ya presente, amándolo con todo nuestro corazón. Y le pedimos todas las gracias y dones, beneficios, también fortaleza para la lucha espiritual, al **Espíritu Santo**. Por tanto, es una oración que viene del Cielo, una **oración trinitaria** que acompaña nuestros corazones.

Pues pedimos luz al Espíritu Santo para que nos acompañe en esta Meditación sobre el Padre Nuestro.

ACTOS PREPARATORIOS

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Petición:

[104] Será aquí demandar conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

PUNTOS

Vamos a introducirnos en esta oración del Padre Nuestro -*Pater Noster* si lo dijéramos en latín-. Queremos pedirle al Señor que nos enseñe a orar. Recuerden que es una de las razones por las cuales el Señor enseña el Padre Nuestro: **Él quiere enseñar a nuestras almas. No sabemos lo que debemos pedir**, por eso también lo dice en otro pasaje de la Escritura: «Dejen que el Espíritu Santo ore en nosotros, porque muchas veces ni siquiera sabemos lo que nos conviene pedir, y cómo debemos pedirlo» (Cf. Lc 8,26-27).

San Agustín¹ decía aproximadamente así: «El Señor muchas veces no concede cosas a nosotros porque cometemos tres errores». Y decía: «*aut mali, aut male, aut mala*». Pedimos mal, pedimos cosas que no nos convienen, y los pedimos de una forma que no es correcta; entonces al final no es que Dios no sea bueno o no nos quiera conceder bienes, sino que nosotros no estamos bien dispuestos, no sabemos hacerlo, y a lo mejor estamos pidiendo cosas que no me ayudan para la salvación eterna, porque yo estoy centrado en lo temporal: “Dame salud, dame dinero, dame mucho trabajo, dame no sé qué...”. O sea, cosas quizás muy propias, personales, de intereses más particulares y terrenos (temporales) que eternos. Entonces el Señor dice: «No, hijo. Sí te escucho, sí te amo con amor infinito, con misericordia infinita; pero no te puedo dar eso porque para tu salvación no te conviene». Entonces, yo me enojo porque: “Señor, llevo meses pidiéndote trabajo”. «Sí; pero si yo te diera trabajo, tú sabes que te encanta el dinero, -por ejemplo-; entonces, si tú fueras una persona multimillonaria, tu alma se hubiera perdido, porque tú no tienes una distancia prudente con las cosas materiales». El Señor como buen Dios, dice: «No te puedo dar abundancia económica porque no sabes usarla». Estoy poniendo un ejemplo muy concreto, pero así suele pasar: “Señor, ¿por qué no me das la salud? Si yo te amo, voy a Misa y te pido la salud, dame salud. Y el Señor dice: «Si te diera salud, confiarías en ti mismo; en cambio te mantengo con esa fragilidad de salud para que mires el Cielo. No confíes en ti».

Recuerden que Dios nos conoce perfectamente desde la eternidad, y sabe lo que nos conviene para nuestra salvación. Muchas veces por mi cortedad, por no tener esa visión de fe, por no confiar en Dios, estoy pidiendo cosas (o las formas como las pido), que no son convenientes para nuestro bien, no solamente temporal, sino eterno.

Por eso el Padre Nuestro es una oración perfecta que nos lleva a pedir lo que verdaderamente nos sirve. Pero **antes de pedir, glorifico, adoro, reconozco a Dios**.

A veces los papás de familia dicen: “Los hijos a veces son bien ingratos, solamente vienen a pedir cuando nos necesitan; cuando no nos necesitan, ni siquiera nos agradecen, ni se preocupan si estamos bien o no”; pero cuando el hijo necesita, ahí está, a los pies del

¹ SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios* 20, 22.

padre. El papá no se ofende, pero le llama la atención que a veces los hijos no son agradecidos, no saben reconocer la presencia de los padres en la vida de los hijos.

Aquí puede pasar lo mismo. Yo voy con Dios y rápidamente le presento la lista de lo que necesito y no siempre me doy cuenta de que lo primero que tengo que hacer es reconocerlo, alabarlo, bendecirlo, glorificarlo. Ya después podré pedirle lo que necesito porque confío en Él. ¡Él es mi Padre del Cielo!; pero ante todo reconozco, lo alabo, lo adoro, lo glorifico con mi vida y con mi oración.

Vamos a introducirnos en esta oración tan bella; por lo tanto, le pedimos al Señor que nos dé fuego, ardor en nuestro corazón, en nuestra alma, para poder vivir intensamente la oración del Padre Nuestro. No solamente es una oración que lanza un mensaje al Cielo, sino es una oración que se hace vida.

LAS SIETE PETICIONES DEL PADRE NUESTRO.

Aquí hay siete peticiones muy importantes que se aplican. Entonces, yo pido esas siete peticiones para que yo, en mi vida, pueda vivir según la Voluntad de Dios, glorificándole a Él, santificando mi vida, y también sirviendo al prójimo. Se menciona en el Padre Nuestro que yo tengo que perdonar a mi prójimo; entonces, **sí hay repercusión en esta oración con respecto a Dios, con respecto a mí mismo, y con respecto al prójimo.**

Que nos dé pureza de intención, que nos dé fervor en el corazón, porque precisamente esta oración tiene dos manifestaciones en la Sagrada Escritura:

- * una manifestación pública por parte de Nuestro Señor Jesucristo;
- * y otra privada cuando llegan los discípulos y le dicen: «*Señor, enséñanos a orar*». (Lc 11,1)

Entonces por eso el Padre Nuestro aparece en una **oración pública**, como la Santa Misa, -el Rosario por ejemplo si se hace en una Parroquia-, pero sobre todo ahora nos centramos en la Santa Misa, porque es una oración que se hace en comunidad, y lo podemos expresar juntos, reconociendo a Dios como Padre. Y también se puede hacer una **oración privada**, donde nosotros podemos profundamente, íntimamente, meditarla con mucha calma, con mucho tiempo.

Cuando es pública (el Padre Nuestro en la Misa) no da tiempo para meditar, basta que vayamos siendo muy conscientes de cada una de las verdades que estamos presentando en esa oración. En cambio, Santa Teresita del Niño de Jesús dice que cuando empezaba el Padre Nuestro a meditarlo, nada más bastaba que dijera «Padre», y ya se quedaba ahí horas. A los Santos así les pasa cuando reconocen la profundidad de cada una de las palabras de la Oración Dominical del Padre Nuestro. Ella decía: «Yo ya con el ‘Padre’ me quedaba horas contemplando a Dios». Pues algo así queremos que suceda en nuestras vidas.

San Agustín dice que Cristo, Nuestro Señor, **oró por nosotros** como nuestro Pontífice, como Sacerdote; por lo tanto, Él **intercede** por nosotros ante el Padre. Pero también dice San Agustín que (Nuestro Señor) **reza en nosotros** como Cabeza del Cuerpo Místico.

Entonces, esta oración es tan rica que Jesucristo la utiliza para presentar nuestras necesidades a Dios Padre, pero también la utiliza para que nosotros, unidos con Cristo,

oremos al Padre. Entonces, no solamente **intercede**, sino que **nos hace partícipes** con esta oración de los sentimientos del Corazón de Jesús hacia el Padre para el bien de cada uno de nosotros.

Yo voy a seguir, como orientación, una meditación preciosa del padre Luis de la Puente, sacerdote jesuita, grande conocedor de los Ejercicios Espirituales. Él tiene unas meditaciones preciosas sobre los temas ignacianos. Fue un jesuita que comprendió hondamente el espíritu de San Ignacio de Loyola. Por eso, para hacer Ejercicios Espirituales, a este grande autor hay que tomarlo siempre en cuenta.

Vamos a comenzar hablando del **Padre**.

«Padre Nuestro»

Donde muchos Santos se quedaban horas y horas contemplando, nosotros también queremos detenernos, aunque sea un poquito, para comprender por qué los Santos, simplemente con elevar la mirada del alma hacia el Cielo y decir «Padre», se quedaban en contemplación.

Primer aspecto.

Son varios los títulos que don Luis De la Puente le reconoce al Señor, y por eso ya comenzamos a abrir nuestro corazón como Padre.

* **Padre de todos los hombres.**

El ser, la vida, el alma, el ser natural, se lo ha dado Dios a todo hombre. Entonces es Padre de todos, porque todo ser viviente racional -estoy hablando de las personas-, su **ser** ha sido dado por Dios. Entonces es Padre de todos nosotros.

* **Padre de los justos.**

Padre de los justos, de los que viven en gracia, porque sabemos que en el momento en que hemos recibido el Bautismo, comenzamos a ser hijos de Dios por gracia; por lo tanto, es Padre porque empezamos a ser hijos de Dios. Todos los bautizados podemos decir con mucha alegría y con mucha fuerza que somos hijos de Dios.

* **Mil veces Padre.**

Porque nos da la justificación. Los que han perdido la gracia o hemos perdido la gracia por causa del pecado a lo largo de nuestra vida, perdemos ese vínculo con el Padre. Pero gracias a un grande sacramento, el sacramento de la Penitencia, el Trono de la Misericordia, nosotros podemos restituir en nuestra alma esa gracia santificante que hemos perdido por el pecado grave y, por lo tanto, volvemos a tener ese vínculo íntimo con Nuestro Padre.

* **Él desea ser Padre de todos.**

Él ha conquistado a través de la Cruz la salvación para el género humano. O sea, todos los que quieran formar parte de la familia de Dios pueden serlo. Depende que cada uno

quiera reconocer a Dios como Padre. Si todo esto lo hemos recibido de parte de Dios, brotará de mí gratitud hacia Dios.

*** Él hace muy bien el oficio de Padre.**

Es un Padre Providente, un Padre que mantiene, nos alimenta, no solamente en lo físico, sino que nos da todos los elementos, todas las herramientas, todas las gracias necesarias para mantener nuestra alma en santidad de vida. O sea, Él nos va nutriendo en lo material, pero también en lo espiritual para que nosotros podamos avanzar. Por lo tanto, su Providencia y su Solicitud, están presentes en medio de nosotros y nos da continuamente todo lo que nos conviene a nuestra salvación.

A mí me dicen “padre”, “sacerdote”, precisamente porque yo tengo un sacramento que refleja al Padre. A mí no me están diciendo Padre, sino a lo que yo tengo en mi Unción. Entonces cuando me dicen “padre José de Jesús, o padre tal”, lo que están haciendo es reconociendo a Él, no a mí. O sea, yo participo de esa paternidad que Dios nos ha dado. Por eso Nuestro Señor Jesucristo dice: «No reconozcan a nadie como Padre fuera de Él» (Cf. Mt 23,9). Si me dicen “padre”, no es por mí, yo no soy la fuente de la paternidad, sino que yo participo de esa paternidad para el servicio de ustedes, precisamente representando la paternidad de Dios, y por eso sí nos pueden decir a los sacerdotes “padre”, no por nosotros mismos, sino en razón de Dios.

*** Él quiere ser reconocido.**

Si Él es Padre, quiere que yo le alabe, le reconozca, le adore, me entregue totalmente en confianza al Padre que nos ha creado, que nos ha redimido.

*** ¿Cuáles son las causas por las cuales Él tiene el título de Padre?**

Porque quiere que le tengamos amor y confianza, porque Él nos ha creado, nos ha amado, ha muerto por nosotros, nos ha redimido, nos concede la gracia santificante para ser hijos Suyos, etc. O sea, es un Padre que no hace otra cosa que dar, darse para cada uno de nosotros. Entonces yo quiero amarlo y confiar en ese Padre que se ha dado continuamente.

También quiere que lo glorifiquemos y le alabemos. Él es Dios, entonces yo soy su criatura, soy su obra hecha por amor, y ¿qué hace la criatura?: reconocer a su Artista, a su Hacedor, a su Creador; pero no solamente es mi Creador, sino que es mi Redentor y es mi Santificador. Y esta es la maravilla para nosotros: Dios está muy cercano.

Y por último quiere ser servido con espíritu de hijos. Reconociendo que es Padre nosotros nos comportamos como buenos hijos, condescendientes, obedientes, reconocientes de todo lo que Dios nos ha dado por parte de Él.

Segundo aspecto.

Si yo digo a Dios que es «Padre Nuestro», estoy diciendo que Él es mi Padre. Ahora vamos a ver algo muy bello, porque podría decir desde un inicio “Padre mío”; pero no, el Señor quiere que digamos desde un inicio «Padre nuestro».

Lo primero que puedo decir es que Él es mi Padre. Y, por lo tanto, ¿qué me hace hijo?: **la gracia santificante**. Por eso el Bautismo es uno de los grandes regalos que Dios tiene preparados para nuestras vidas, porque en el momento en que somos bautizados -en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo-, pasamos a ser familia de Dios. Somos hijos de Dios Padre, hermanos de Nuestro Señor Jesucristo y fieles seguidores del Espíritu Santo. Entonces, la Santísima Trinidad empieza a hacer una obra en nosotros. Y la primera gracia que nos regala es la **filiación divina**. Yo soy hijo de Dios por participación, por gracia. Entonces, puedo decirle Padre Nuestro porque es mi Padre.

Tercer aspecto.

¿Por qué digo Padre nuestro y no Padre mío? Bueno, porque también al tener a Dios por Padre, me hace hermano de todos los que están a mi alrededor. Y entonces, soy hermano de mis hermanos. Entonces, esto es muy importante, Dios no solamente quiere que tengamos una relación “Él y yo”. Recuerden que el amor a Dios (eso está en la Escritura muy claro) también nos lleva a amar al prójimo. No puedes decir que amas a Dios, dice el Apóstol San Juan, al Dios invisible que no ves, si no amas al prójimo que ves y tienes delante; entonces nosotros, para decir que amamos a Dios, tenemos que también amar al prójimo (**Cf 1 Jn 4, 20-21**). Entonces Padre “**nuestro**”, porque tengo que mirar a los demás como mis hermanos.

Cuarto aspecto.

Y también, puedo decir que es **mío**. O sea sí, es Padre nuestro, pero con toda propiedad, es **mi Padre**.

Ustedes saben que existen religiones que ven a Dios lejano, Dios castigador, Dios justiciero, Dios que tiene que imponerse a los demás, etc. Ese no es el verdadero Dios.

Por eso hay ciertas religiones, sobre todo las que promuevan esa violencia, esa muerte para los que no se convierten a ellos, etc., que imponen la religión en los lugares donde ellos se van estableciendo, pues para ellos no es un verdadero Padre, porque pareciera que es un Padre de pocos y [a todos los demás] los desprecian. Entonces, ya no somos hermanos. En cambio, se dan cuenta que en nuestra fe, Cristo nos está diciendo: «Yo soy tu Padre, pero tú tienes que ver a los demás como hermanos. Piensen o no igual, tienes que mirarlos como hermanos, porque yo los quiero en una sola familia». Unos ya pertenecen a la Iglesia Católica (los bautizados), y otros pueden pertenecer a esta grande familia; pero depende de que cada uno vaya descubriendo a Dios en su vida.

«Que estás en el Cielo»

¡Eleva la mirada!, porque el Señor está en el Cielo, en la tierra y en todo lugar; pero sin embargo Él quiere que miremos que nuestra vida no es esto. Nos está ayudando, porque el hombre no tiene dificultad en ver el sentido horizontal de su vida, porque aquí vivimos, aquí comemos, aquí trabajamos, etc., pero no es lo único, eso es la parte material, humana que ustedes saben que es temporal.

Entonces, ¿qué hace el Señor con el Padre Nuestro cuando dice «*estás en el Cielo*»? Nos eleva la mirada a las cosas celestes y espirituales. El hombre no sólo es materia, no sólo es

horizonte, no sólo es temporal, también es eterno, tiene su alma creada; pero ya esa alma ya no desaparece, es eterna, irá después de esta vida a algún lugar a pasar esa eternidad. (Ya sabemos que puede ser condenada o puede ser salvada porque el Purgatorio es temporal, es una purificación temporal para entrar al Cielo). Entonces, Dios quiere que elevemos la mirada y no sólo que nos mantengamos en la parte horizontal de nuestras vidas.

Algunos aspectos que el padre De la Puente nos está ofreciendo, dice:

«**Lo primero moverse a reverencia**». Si está en los Cielos, ya hay una majestad mayor, ya no es una dignidad igual. Aquí somos iguales todos los hombres en dignidad. Tú eres creado por Dios, yo también soy creado por Dios, amado infinitamente por Dios. Mi obrar puede descalificarme en la sociedad, etc., porque hago daño, y viene el castigo de las leyes, etc.; pero no estamos hablando de eso. Entonces, se dan cuenta, ya el elevar, «*estás en los cielos*», ya estoy **viendo con reverencia y reconociendo la dignidad del Padre**.

Para reconocer que “está en los Cielos” que no se te olvide que en la vida soy peregrino, reconozco que aquí hay una peregrinación hacia una Patria Eterna, levantando siempre el espíritu al Cielo. Y recuerden -esto lo dicen los grandes Santos-, cuando un alma recibe a Dios, pues aquí ya se empieza a crear un Cielo.

Recuerdo -no son palabras textuales- pero le decía a Sor Faustina Kowalska Jesús, que cuando Él llegaba a su corazón, decía: «Me siento como en el Cielo». O sea, «tú me amas tanto que el estar en ti es como estar en el Cielo». ¡Imagínense qué elogio tan hermoso por parte de Dios! -no de cualquier persona- ¡de Dios! hacia una criatura: «Eres tan pura, tan santa, tan abandonada en mi amor, que cada vez que entro en tu alma, con la gracia santificante, a través de los Sacramentos, me siento como si estuviera en mi casa».

Entonces, ya se pueden imaginar, si eso dijo de una Santa ¿qué no dirá de la Santísima Virgen María? El alma más pura, la más santa, la que más se configuró con Dios, el alma que más amó a Dios, pues cada vez que entraba la gracia santificante y hacía crecer, ensanchar el alma de la Santísima Virgen María, pues para Dios era un gozo, porque es el alma que más le ha amado en toda la historia.

Por último, para que todos se den cuenta que existe un Padre que nos hace mirar hacia arriba: las dificultades, los problemas, las luchas, etc., no tienen la última palabra: la última palabra la tiene el Dios, el Hacedor de todo esto, de la Creación y, por lo tanto, de la historia, el Dios de la historia. A veces uno mira la historia y viendo las noticias, se desalienta, se desmotiva, porque ve guerras, muertes, dificultades. En cambio, Dios dice: «No se te olvide: tú ves lo circunstancial, pero Yo te envío a mirar lo eterno. Entonces, mirando hacia la eternidad, hacia el cielo, vas a comprender y vas a luchar por cambiar las realidades temporales. En Mi Nombre, con Mi Amor, vas a ir al mundo para cambiar la historia en Mi Nombre». Y eso es lo que hace la Iglesia Católica, sirve a la historia, pero sin perder la perspectiva de la eternidad, por eso miramos al Padre que está en el Cielo.

PRIMERA PETICIÓN.**«Santificado sea tu Nombre».**

Aquí queremos, que sea reconocido por todos que es el Señor, el Hacedor de todo; que la majestad de Dios y su potencia sea reconocida por el mundo; primero por nosotros, pero -recuerden que es una oración que se hace personal, pero también se hace comunitaria-, entonces, «santificado», que yo reconozca Tu dignidad, Tu santidad, Tu pureza, Tu todo, por parte mía o por parte de toda la comunidad cristiana; y Dios quiera que también todo esto pueda ser reconocido por el mundo entero.

«Tú solo eres el Santo, no hay otro Santo fuera de ti» (Cf. 1 S 2,2). Por lo tanto, eres el único Dios y eres la fuente de santidad. Por eso, yo reconozco Tu dignidad, Tu santidad, Tu todo, Tu virtud. Él es la fuente de las virtudes.

Por eso, cuando nosotros queremos ser santos y nos esforzamos por crecer en las virtudes **la fuente es Dios y el modelo es Jesucristo**. Dios, el rostro de Dios que nos muestra cómo comportarnos es Nuestro Señor Jesucristo, pero la fuente de la santidad, la fuente de las virtudes, el ejemplo y el testimonio de cómo debemos vivir cada una de las virtudes es el mismísimo Dios. Y por eso queremos que sea reconocido por los Ángeles, por los hombres, por las almas que están en el Cielo, las almas en el Purgatorio. Por eso «*santificado sea tu nombre*» en el Cielo, en la Tierra, en todo lugar, para que el mundo crea en lo que Él ha revelado, espere en lo que Él ha prometido, -la vida eterna-, que amen al Señor que se ha entregado por nosotros, que adoren al mismísimo Dios que se ha hecho aseQUIBLE para que todos podamos estar cercanos a Él, que le amemos con todo nuestro corazón y también nos pongamos a servirlo.

Recuerden que **alabar, servir y reverenciar es el fin del hombre**, lo dice San Ignacio Loyola al inicio de sus Ejercicios Espirituales en Principio y Fundamento.

SEGUNDA PETICIÓN.**«Venga a nosotros tu Reino».**

Ese reino de paz, de amor, de justicia, de alegría, de gozo. El Reino de Cristo -lo decía en el Evangelio Nuestro Señor- primero debe comenzar en el interior del hombre.

Por eso Pilatos no le entiende, porque le dice a Cristo: «¿Eres tú el rey de los judíos?» (Lc 23,3). “Eso es lo que están diciendo”. Y luego dice Él: «Sí, tú lo has dicho»; (aunque tú estás repitiendo lo que otros dicen, pero tus palabras son verdad, pero «*Mi Reino no es de este mundo*» (Jn 18,36). Por eso tú no lo entiendes, tú estás peleando y tratando de mantener un reino temporal, político, social, económico, histórico, en un momento dado de la historia, (porque Pilato pasará y morirá), pero sin embargo el Reino de Dios no tiene fin, no es de este mundo, porque comienza a gestarse en el interior del hombre (sí, repercute ese Reino en lo social, por eso la Doctrina Social de la Iglesia Católica); pero nos hace ver que el Reino está en los Cielos y nos está esperando a entrar a esa comunión eterna con Nuestro Señor.

Entonces «*venga nosotros tu reino*» empiece a transformar, a renovar el interior del hombre a través de la misericordia infinita.

Yo pertenezco a una familia religiosa que se llama FRICYDIM y precisamente es lo maravilloso, ¿cuál es el carisma de FRICYDIM? Nosotros colaboramos con la Santísima Virgen María, como lo manifestó en Fátima, para que Ella triunfe con su Inmaculado Corazón. ¿Y en qué consiste el Triunfo del Inmaculado Corazón de María? Que el Reino de Cristo triunfe en el interior del hombre a través de la Divina Misericordia, porque con el perdón de nuestros pecados, el alma vuelve a tener esa vida divina y entonces despierta un caminar de santidad hacia la vida eterna.

Entonces María va triunfando cuando el Reino de Dios, cuando el amor de Dios, va transformando el corazón del hombre y hace de él, como dice San Pablo, una criatura nueva.

TERCERA PETICIÓN.

«Hágase tu voluntad en la Tierra como en el Cielo».

Pues queremos que esa voluntad que el mismísimo Jesucristo lo manifestó a lo largo de su vida, que Él decía: «Yo no he venido a hacer otra cosa que cumplir la voluntad del Padre». Dice: «Yo no necesito que nadie me glorifique»; pues claro, si Él era el Verbo, era Persona Divina, asumiendo naturaleza humana, Él se podría glorificar a sí mismo, era Dios. Sin embargo, para dejarnos claro, **todo lo hacía en razón del Padre.**

«Padre, gracias por escucharme. Padre, que se haga tu voluntad»; etc., para que nosotros aprendiéramos a mirar siempre al Padre. Y lo que estamos pidiendo es que se haga su Voluntad, no la voluntad de los hombres, no los intereses pobres y mezquinos de las personas, sino que Dios vaya manifestando su Voluntad; el plan salvífico se vaya desarrollando en la historia de la humanidad.

Dice San Pablo que Dios «*quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad*» (1 Tm 2,4). Entonces, Cristo nos manifiesta la Voluntad del Padre: «*Porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna*» (Jn 3,16).

Entonces, ahí está la Voluntad de Dios. Él vino a salvar y no a condenar. Pero el hombre es el que la tiniebla no quiso abrazar la luz. Entonces, ¿cuál es la Voluntad de Dios? Pues que todo el mundo se salve.

Y eso es lo que nosotros queremos llevar a nuestros hermanos y corresponder a Dios. No quiero que se haga mi voluntad, yo no quiero buscar intereses personales, familiares, económicos, porque yo tengo una visión muy limitada en mi vida. Y en cambio Dios ensancha mi corazón y me abre, y me hace ver cosas nuevas. Porque cuando uno vive de lo horizontal, está pensando en cómo va a descansar, si se va a poder comprar otro coche, o si ya va a poder pagar la casa, o si en el trabajo que está realizando está contento, si puede crear una empresa. Son cosas materiales y pueden ser buenas, pero son muy limitadas. En cambio, la Voluntad de Dios tiene una visión de historia, tiene una visión universal, porque está buscando la salvación de todas las almas.

Dijo Dios: «todo el mundo se salve». En cambio yo la mayoría de las veces, estoy pensando en mis intereses, en lo que quiero, lo que me molesta, lo que me duele, lo que me hace sufrir. Y muchas veces lo que quiero es retirármelo. Y en cambio el Señor dice: «No. Eso es lo que tienes que aceptar, asimilar y amar porque eso te va a santificar».

Entonces que se haga la Voluntad de Dios, no la nuestra, no nuestros intereses. Es más, inclusive podría ser los intereses colectivos, pues muchas veces los intereses colectivos no son Voluntad de Dios porque van en contra de la sociedad, porque son injustos, porque benefician a unos pocos, etc. Por eso la Voluntad de Dios es sabia, perfecta, siempre busca el bien del hombre completo, de todos los hombres, no solamente en lo temporal, sino también en lo eterno. Entonces es la voluntad perfecta; y eso es lo que queremos, que esa Voluntad de Dios se vaya realizando en la historia, en el mundo.

Decía -con palabras mías, pero más o menos así- el Señor a Sor Faustina Kowalska «Los buenos y los malos quieran o no (o se den cuenta o no, o lo deseen o no) todos realizan Mi Voluntad». Todo se va cumpliendo de acuerdo al Plan de Dios. Pero lo que quiere Dios es que los malos se conviertan (los que no aman a Dios que lo amen), que esas personas que están lejanas al amor vayan reconociendo la luz y salgan de las tinieblas del pecado para vivir en la gracia.

Que la Voluntad de Dios se vaya cumpliendo en nosotros, y según Dios, a través de nosotros, que podamos ser instrumentos de esa Voluntad de Dios.

Los Santos, como decía San Francisco de Asís: «Señor, hazme un instrumento de tu paz». Cristo es el Príncipe de la Paz, vino a traer la paz en los corazones de los hombres y, por lo tanto, la paz en el mundo. Pero yo, Señor, quiero ser un instrumento de Tu Voluntad que busca la paz del corazón del hombre y de la historia. Es un ejemplo de cómo los Santos, entre más unidos a Cristo, se van convirtiendo también en instrumentos para que la Voluntad de Dios se vaya cumpliendo en la historia.

CUARTA PETICIÓN.

«Danos hoy nuestro pan de cada día»

Cuando es Cristo tentado para que convierta estas piedras en pan, dice el Señor una frase que es preciosa: «*No sólo de pan vive el hombre, -no sólo del alimento material debe vivir el hombre-, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.*» (Mt 4,4). O sea, entonces, **el alimento principal que estamos pidiendo en el Padre Nuestro es espiritual.**

El regalo más importante de la Iglesia Católica es el Sacramento de la Eucaristía, el Pan del Cielo. Cada vez que el sacerdote consagra el pan y el vino, y lo convierte, lo transforma, -porque así tenemos este Sacramento en nuestro sacerdocio-, permite que se transforme en el Cuerpo, la Sangre, el Alma, y la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, realmente presente Jesús en la Eucaristía.

Entonces Él quiso ser Pan de Vida para alimentarnos no solo corporalmente, sino sobre todo espiritualmente. Recuerden que ahora estamos promoviendo en muchos grupos católicos el ayuno de 40 días de pan y agua. Fíjense, entonces uno dice: “¿Pero de qué te alimentas si el pan no es un alimento muy fuerte comparado con la carne, el pescado, la

verdura?, ¿qué te mantiene 40 días a pan y agua?” Uno responde, **la Eucaristía**. Porque también quiero que quede claro que es Pan de Vida, pan del alma, pero también pan que alimenta el cuerpo. Da una fortaleza la Eucaristía también a la materia del cuerpo, que no siempre somos capaces de reconocer.

Entonces, por eso la Eucaristía tiene que ser la prioridad, primarse en la vida de todo cristiano. Misa diaria, debería ser un ideal, cada uno con sus dificultades de horario, de trabajo, de familia, etc., pero todos los que puedan, Misa diaria. No debería fallar la Misa diaria en nuestras vidas porque ahí recibimos el Pan de Vida, el pan de los ángeles.

También, lógicamente, pedimos el pan de la gracia. Necesitamos las gracias actuales que nos vayan acompañando en cada uno de los desafíos que tenemos en nuestra vida. Y también pedimos el pan material. Claro que sí. Le pedimos al Señor que sea providente y que permita que tengamos la comida de todos los días. Si tenemos un plato en la mesa, hay que reconocer que viene de la Providencia Divina. Nunca dejemos de agradecer. Todo lo que se pone en nuestra mesa **es por gracia de Dios**.

QUINTA PETICIÓN.

«Perdónanos nuestras ofensas, como nosotros también perdonamos a los que nos ofenden» - a nuestros deudores.

Esta es una fórmula perfecta, porque Dios nos ama con amor infinito, su Misericordia es infinita. Ya le decía a Sor Faustina Kowalska: «Dile al mundo -tiene muchos atributos Nuestro Señor Dios- pero yo quiero ser conocido principalmente por el atributo de la Misericordia Divina». Si ustedes van a las Sagradas Escrituras, todo está impregnado de la Misericordia de Dios, la que está buscando continuamente salir a nuestro encuentro y transformarnos.

Entonces por parte de Dios no falla el perdón de nuestros pecados, pero muchas veces los hombres no somos capaces de imitar el amor que Dios nos tiene. Por eso Él puso una condición -es muy interesante- nos compromete porque yo, -no es Él el que me lo dice, soy yo quien lo reconozco-: “Señor, perdóname en razón o condición con el cual yo perdone a mis hermanos”. Porque claro, como decía San Juan: «No puedes amar a Dios si no amas a tus hermanos». Entonces, yo le estoy diciendo al Señor: “Yo no dudo de tu perdón, porque es infinita Tu Misericordia, y sé que Tú estás deseándolo.

El diario de Sor Faustina es precioso cuando dice: «Dile a los mayores pecadores que son los que más merecen Mi Misericordia, son los que estoy deseando perdonar. Pero lo que necesito es que tú vayas y hagas lo mismo». Y entonces yo le estoy diciendo al Señor: “Reconozco esa ley, es una cosa que yo acepto: Señor, yo te pido que me perdones tanto cuanto yo perdone a mis hermanos”.

Los hermanos se equivocan, tienen fragilidades, debilidades, intereses mezquinos, espurios, todo lo que nosotros sabemos y experimentamos en la vida. Entonces, el que el prójimo se equivoque y que nos haga daño, no es una novedad, porque es una consecuencia del pecado original que todos tenemos. Y quien no logra con la gracia santificarse, pues al

final va haciendo mal a Dios, ofendiéndolo; a sí mismo, se va autodestruyendo; pero el pecado repercute en los demás: una guerra, uno no la comienza, pero muchos la padecen.

Entonces yo perdonando al que me ofende, al que me hace daño, puedo acceder a ese perdón ilimitado de parte de Dios por mis pecados. Pero yo le estoy diciendo: “Señor, reconozco que, si no perdono a mi prójimo, Tú no me perdones”. Una condición que nos compromete profundísimamente con el perdón hacia nuestros hermanos.

SEXTA PETICIÓN.

«No nos dejes caer en la tentación»

El tentador está; lo intenta. Una explicación de Santo Tomás de Aquino muy bella, dice: “¿Por qué el demonio se atrevió a tentar a Jesús en el desierto?” ¡Si sabía que era Dios!, pues no lo podía tentar, porque iba a perder. Satanás sí sabe quién es Dios. Fue expulsado por Él del Cielo a través de San Miguel Arcángel. Entonces, no lo quiso reconocer, pero sabía que Él era Dios y él era criatura. No obedeció y tuvo que ser expulsado de su presencia. Entonces, sí conoce a Dios. ¿Pero por qué se atrevió a tentarlo?, se pregunta Santo Tomás de Aquino. Y entonces da una explicación muy bella, porque dice que por un lado veía virtudes muy profundas en Él; entonces decía: “Este es el Mesías”. Pero por otro lado se confundía porque, por ejemplo, dice la Escritura, -por eso no es baladí esa frase-, dice: «*y al final sintió hambre*» (Lc 4,2). Y entonces dice: “Si fuera Dios, no tiene estas imperfecciones ni estas carencias, porque Dios no padece. En cambio, si tiene hambre, es que está padeciendo una debilidad, una fragilidad, una necesidad”.

Y entonces ahí dice Santo Tomás que por eso se atrevió porque decía: “Es muy santo, por eso podría ser el Mesías, sin embargo, veo cosas que le hacen más semejantes a los hombres, la limitación, las necesidades, etc. Y entonces ya me confunde”. Y por eso se atrevió. Por eso pregunta: “Si tú eres el hijo de Dios, demuéstalo”. Ahí está denotando una cierta duda.

Bueno, si el mismísimo demonio se atrevió a tentar a Jesucristo, al Mesías, ¿cómo no lo va a hacer con nosotros? Si odia a Dios, también nos odia a nosotros. Y lo que trata de hacer es sacarnos totalmente de la presencia de Dios.

El demonio va a actuar. **Dios no está quitando las tentaciones, las permite** porque las tentaciones tienen mucho fruto. Si viven unidos a Dios con la intercesión del Inmaculado Corazón de María, las tentaciones son maravillosas, porque **son ocasiones de crecimiento espiritual**, de muchísimo crecimiento espiritual. Pero, pues lógicamente tengo que estar bien preparado. Sin Dios, no soy capaz de sostenerme ni mantenerme.

SÉPTIMA PETICIÓN

«Líbranos del mal» - líbranos del maligno.

La palabra correcta utilizada en el latín no es el “mal” en general, es el *malo*. Malo es una persona. Entonces lo que estoy pidiendo al Señor es que me libre del maligno, del demonio y todos sus secuaces que continuamente están viniendo a nuestra vida para

separarnos del amor de Dios en esta vida; pero, sobre todo, a ellos les interesa muchísimo separarnos en la eternidad, que nosotros dejemos de amar a Dios para siempre. Ese sufrimiento que él ya tiene por estar en el infierno, quiere que seamos partícipes, los que estamos todavía en peregrinación. Por eso nos tienta, por eso nos engaña, por eso nos quiere llevar al pecado.

Entonces, líbranos del *malo*, del maligno, de todos los ataques e insidias que el demonio puede hacer de forma **ordinaria** con las tentaciones. Pero también el maligno, recuerden que actúa de forma **extraordinaria**, con obsesión, vejación y posesión. No a todos, pero también es una forma de actuar; por eso se llama extraordinaria, porque no lo hace con todos.

Pero la forma ordinaria de actuar del demonio contra nosotros es con la **tentación**. [La forma extraordinaria], sobre todo ataca la parte del cuerpo de la persona, pero no el alma, aunque la hace pasar malos momentos. En cambio, la tentación va directamente al alma para corromperla con consecuencias eternas.

Por eso hemos pedido que el Señor nos perdone nuestros pecados, especialmente a través del Sacramento de la Penitencia -de la Confesión- donde podemos restituir la gracia, fortalecernos para afrontar los combates que el enemigo nos presenta.

Y terminamos el Padre Nuestro en **Amén**: «Líbranos del malo. Amén». Del tentador, de los pecados, de las tentaciones; perdónanos, aliméntanos. Padre, eres todo para mí. Y todo esto lo decimos con “**Así sea**”.

Espero que esta breve meditación nos ayude a tener un trato íntimo, porque este es el camino, esta es la oración perfecta que el Cielo nos reveló.

Cada vez que hagas un Padre Nuestro, recuerda que estás con **Dios Padre**, hablando a través del **Hijo**, con la intercesión del **Espíritu Santo**. Una Oración Trinitaria, una oración que me une íntimamente a Dios, y que me da lo que mejor me ayuda para poder alcanzar la salvación. No solamente el bien en esta vida, sino la vida eterna.

ACTOS CONCLUSIVOS

Pues les doy mi bendición para que continúen en un ratito, dejen un espacio, si pueden una hora, o el tiempo que les corresponda, que puedan sacar en su agenda, para poder tener ese coloquio con Dios. Estas son, digamos, consideraciones que ayudan a iluminar el entendimiento, mueven los afectos, pero cada uno, en ese coloquio personal con Dios, va sacando consecuencias para su vida concreta, personal, familiar, laboral, cultural, de país, en la Iglesia Católica. Les doy mi bendición.

Coloquio.